

Una mujer trae a su aldea a Jesús (4/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Juan 4:7, 9-15, 28-30, 39-40

28 de marzo

Una mujer trae a su aldea a Jesús (4 de 13)

Texto bíblico: Juan 4:7, 9-15, 28-30, 39-40

Introducción:

Hasta este punto en esta serie de lecciones hemos visto varios testigos que se mencionan en el evangelio de Juan: Juan el Bautista, el propio Jesús, la comunidad cristiana. Ahora nos encontramos con otro testigo, una mujer. Se trata de una mujer común en ciertos aspectos, pero extraordinaria en otros. Los acontecimientos tienen lugar en Samaria, donde quedaban todavía los recuerdos del reino del norte que había sido destruido por los babilonios muchos siglos antes del tiempo de Jesús. Muchos de sus habitantes habían sido llevados al exilio, y la mayoría nunca regresó. Quienes vivían en Judea, cuya capital era Jerusalén, se consideraban a sí mismos los verdaderos judíos, y pensaban que la población de Samaria no lo era. Había mucha discordia entre los judíos y los samaritanos.

Tanto la costumbre como la cultura de cada cual dictaban que los judíos y los samaritanos no se trataban. También ambas culturas dictaminaban que los hombres y las mujeres debían mantenerse separados unos de otros siempre que no fuese dentro del contexto de la familia. Luego en este encuentro, lo primero que resulta sorprendente es que se trata de una conversación entre un varón judío y una mujer samaritana. Como resultado de esa conversación, ella se vuelve testigo de Jesús, y lleva su testimonio a sus amigos y vecinos

samaritanos. Las barreras y la hostilidad cultural se han venido abajo, y los samaritanos vienen a Jesús.

Propósito de la lección:

En este pasaje se nos abre una ventana hacia el proceso de dar testimonio. Es importante porque nos muestra lo que nosotros también hemos de hacer. El testimonio de la mujer fue espontáneo y resultó de su encuentro con Jesucristo. Tal encuentro no nos permite permanecer en silencio, sino que nos lleva a hablar, a proclamar, a dar testimonio.

Bosquejo de la lección:

1. ¿Qué es nuestro testimonio?
2. Un evangelio que cruza fronteras.
3. La vida eterna como realidad presente que nos lleva a testificar.

Análisis de las Escrituras:

vv. 7.9: Lo extraño de la situación social en que nos encontramos resulta evidente desde el comienzo mismo de este encuentro. Se trata de una mujer samaritana y un varón judío. Esto implica dos razones por las cuales no debe haber contacto entre ellos: el género y la cultura. Pero sin embargo él le habla. Posiblemente no parecía ser más que una mujer de su casa como cualquier otra que venía a sacar agua para las necesidades de su casa. Ella de inmediato se da cuenta de lo extraño de la situación, y le pregunta acerca de ello. Su propia respuesta muestra

que no se trata de una persona común. Podría haber accedido a su petición sin decir una palabra. Podía no haberle hecho caso, y sencillamente apartarse de él sin darle agua. Su petición implicaría compartir una taza o alguna otra vasija que ella tenía, y era por tanto una clara violación de todos los tabús que la tradición imponía. Pero ella no hace ninguna de estas cosas, si no que le responde. Tal parece que en el hecho mismo de cruzar las fronteras, Jesús le ha dado a ella la oportunidad de hacer lo mismo. Porque él se le acerca sin hacer caso de tales fronteras, ella puede responderle, aunque todavía se sorprende de la osadía de Jesús.

vv. 10-12: La conversación con la mujer samaritana tiene algunas de las características que ya hemos visto en el pasaje sobre Nicodemo. Hay palabras ambiguas, capaces de ser interpretadas de varios modos. Tal es el caso de la frase “agua viva”. En su uso común en griego se refiere sencillamente al agua corriente, a la que surge de un manantial en contraste con la que está guardada en un tanque o cisterna, o la que corre por un río en contraste con la de un charco. Pero también quiere decir el agua que da vida. Lo que la mujer entiende es el sentido más común de “agua corriente”, mientras Jesús quiere decir el agua que da vida. (En nuestro estudio de Juan, manténgase alerta a estas frases o palabras de sentido ambiguo, que son muy comunes en Juan.)

Nótese además que lo que Jesús la invita a hacer es paralelo a lo que él ya ha hecho: cruzar la barrera del género y la cultura y pedir algo.

La respuesta de ella a esta invitación muestra sus dudas acerca de si Jesús puede hacer lo que le promete. Jesús no tiene cántaro ni otra vasija con la cual sacar el agua. ¿Cómo entonces podrá obtenerla? El antepasado común tanto de judíos como de samaritanos hizo que se cavara el pozo en el cual ahora ella se encuentra ante Jesús. ¿Será Jesús mayor que Jacob, para poder sacar agua sin cántaro, y quizá hasta sin pozo?

vv. 13-15: La conversación continúa con un mal entendido que para el lector avisado resulta algo irónico: Jesús se refiere al agua de vida en un sentido, y la mujer le entiende en otro. El agua del pozo de Jacob sólo sacia la sed temporalmente. Siempre es necesario volver a buscar más agua. El agua que Jesús ofrece sacia la sed para siempre. Lo que es más, esta agua da vida eterna. Cuando la mujer le pide esta agua, resulta claro que lo que entiende permanece todavía natural y terreno: si obtiene esa agua, no tendrá que volver al pozo.

vv. 28.30: Aunque al principio la mujer entendió mal las palabras de Jesús, por fin se ha dado cuenta de que no está conversando con un judío común y corriente, ni siquiera con un maestro sabio. En la parte de la conversación que no está en nuestro texto impreso, la mujer llega al convencimiento de que Jesús es el Mesías. La idea de que el Mesías iría a Samaria a hablarle a una mujer sería sorprendente para un judío. Y también le sorprendería a la samaritana el que este hombre, Mesías judío, le hablara a ella. Ahora que sabe de quién se trata tiene tanta prisa de ir a decírselo a otros que olvida su cántaro. Ya no le preocupa el agua física. Ahora lo que le interesa es Jesús. Regresa a su aldea (aldea de samaritanos) y les dice a las gentes allá a quién

ha encontrado. Les señala la posibilidad de que se trate del Mesías, y les invita a ir y ver por sí mismos. Debido a su testimonio las gentes de la aldea van a ver a Jesús.

vv. 39-40: Es a causa del testimonio de la mujer que los samaritanos van a ver a Jesús. Le piden que venga y hable con ellos, para que pueda enseñarles y ellos a su vez puedan ver quién él es. Los tabús culturales que prohibían que los judíos y los samaritanos se tratasen son violados aún más que en la conversación con la mujer. Jesús se queda en una aldea de samaritanos, y probablemente en casa de samaritanos, por dos días. Los versículos que concluyen el capítulo muestran que la visita resulta muy fructífera. Lo que comenzó con una persona junto al pozo se ha vuelto ahora una misión exitosa en un campo insólito.

Aplicación:

¿De qué es que la mujer samaritana da testimonio? Sus palabras a los aldeanos acerca de si quizá Jesús sea el Mesías resultan algo vacilantes. Pero esto bien puede deberse a que escasamente se atreve a creerlo. ¿Cómo podría ser esto de que el Mesías viniera a buscarla a ella, una mujer samaritana? Porque ciertamente vino a buscarla, ya que sabía quién ella era desde antes de pedirle agua.

El testimonio comienza con la sorprendente creencia de que en Cristo Dios, aun conociendo quienes somos, ha venido a buscarnos. La iniciativa es por parte de Dios y no nuestra. Por lo tanto, el testimonio comienza con un sentido de absoluta sorpresa; sorpresa que se combina

con un nuevo sentido de nuestra propia valía.

La mujer necesita compartir las noticias de la persona a quien ha conocido. Lo que les dice es que ellos también deben venir y conocerle. No se da importancia ante ellos, porque fue ella quien primero le conoció, o la primera a quien Jesús buscó. Al contrario, ese honor es algo que todos han de compartir. Su teología puede no estar del todo clara. Todavía no ha llegado a conclusiones definitivas acerca de quién es Jesús. Pero algo le ha sucedido: este maestro que le conoce de un modo sorprendente la ha considerado lo suficientemente importante para hablar con ella y para ofrecerle el agua de vida.

Lo que les dice a los aldeanos es que ellos también han de ir y conocer a este Jesús. Les dice dónde está. Ella sencillamente da testimonio de todo lo que sabe: que este hombre la conoce de una manera misteriosa y que quizás es el Mesías. Probablemente lo que más impactó a sus vecinos fue el cambio que había tenido lugar en ella, el alborozo que muestra que sus palabras van más allá de la mera curiosidad, y son verdaderas.

En eso consiste el mejor de los testimonios: el alborozo causado por una experiencia de la gracia de Dios, que nos lleva a vernos a nosotros mismos con nuevos ojos.

El mejor testimonio no es acerca del testigo, sino acerca que los hechos de que se testifica.

Desafortunadamente, muchas veces nuestro testimonio cristiano parece centrarse en nuestras

propias personas más bien que en Jesús. Cuando alguien nos escucha hablar de nuestra fe, ¿oírás palabras acerca de Jesús, o acerca de nosotros mismos?

Las buenas nuevas de Jesucristo derriban las barreras y crean unidad donde antes hubo sólo división. En cierto sentido, esto se debe a que lo que Jesús ofrece es lo que todos los seres humanos necesitan y desean aunque no lo sepan ni lo reconozcan. Jesús se encuentra con nosotros en el más profundo nivel humano.

Una característica del testimonio fuerte y verdadero es su habilidad de cruzar fronteras, y esto a su vez es lo que hace que la misión sea posible. Jesús cruzó una frontera al dirigirse a la mujer. Ella y los aldeanos hicieron lo mismo al hablarle a él e invitarle a quedarse con ellos. Al aceptar esa invitación, Jesús aceptó vivir más allá de las fronteras de su propia cultura y tradición.

Frecuentemente nuestra comodidad con las personas que más se parecen a nosotros nos lleva a darles testimonio solamente a quienes ya creen, o al menos a limitar ese testimonio a quienes participan de nuestra cultura y nivel económico y social. El alborozo por lo que hemos descubierto debería empujarnos a cruzar fronteras que antes nos parecieron insalvables. ¿Qué fronteras hemos cruzado últimamente con nuestro testimonio? ¿Qué fronteras limitan todavía ese testimonio?

Jesús dice que el agua que él da será dentro del creyente una fuente que salte para vida eterna. La vida eterna empieza en el creyente aquí y ahora. Esa realidad se relaciona con el alborozo que lleva al testimonio entusiasta y efectivo. Posiblemente esto haya sido lo que impulsó a la mujer samaritana a regresar a su aldea, dejando su cántaro. Sus prioridades y valores habían sido trastornados. Las prioridades y valores eternos habían comenzado a ocupar el centro de su vida. Sus vecinos pueden ver algo de eso, y ello le da vigor a su testimonio. Lo que está sucediendo es que Dios está preparando a esta mujer para el Reino.

¿Nace nuestro testimonio de la alegría y hasta alborozo por conocer a Jesús? Si el Reino es paz y felicidad, ¿de nuestro testimonio señales de esa paz y felicidad?

Recomendaciones educativas:

1. Es muy importante que dejemos a un lado las presuposiciones que tengamos acerca de esta mujer samaritana. Aunque la lección no incluye los versículos 16 al 18, es probable que muchas personas en la clase los tengan en mente. Hay que aclarar que el texto en modo alguno dice que esta mujer ha sido particularmente pecadora. Es posible, por ejemplo, que haya sido una viuda que se había casado en orden con los hermanos de su difunto esposo, como se acostumbraba. Quizá el último hermano no había accedido a un matrimonio legal. Es posible que haya habido circunstancias en su vida que no conocemos. Jesús usa la descripción de su vida para mostrarle que conoce esa vida, y no para condenarla. Pídales a los miembros de la clase que cuenten lo que recuerden de la

historia de la mujer samaritana de memoria, y luego muestre que en realidad el texto no dice que haya sido particularmente pecadora.

2. En la pizarra o en un papel grande escriba: “testificar”. Pregúntele a la clase lo que esa palabra significa para ellos. ¿Ante quién o quiénes testificarían? ¿Acerca de qué? ¿Con qué propósito?
3. Jesús dice que nos dará agua que será en nosotros “una fuente de agua que salte para vida eterna”. Pídale a la clase que discuta lo que esto significa para cada una de nuestras vidas. ¿Podemos pensar en otras imágenes paralelas?

Resumen:

El testimonio no es una presentación teológica, ni tampoco un argumento acerca de cuestiones doctrinales. Es más bien servir de testigo de lo que nos ha sucedido en nuestro encuentro con Jesús. El verdadero testimonio surge de un encuentro con Jesús. Cuando nuestras metas y valores se transforman y vienen y vienen a ser los del Reino, nos volvemos testigos efectivos ante otras personas. Esas nuevas metas y valores no son solamente para nosotros, sino para toda la humanidad, y por tanto nuestro testimonio podrá cruzar fronteras antes inimaginables. La vida eterna es el agua viva que Jesús les da a sus seguidores, y no sólo la promesa de una vida después de la muerte. Es un don de Dios que empieza aquí y ahora.

Oración:

Oh Dios que nos has llamado a ser tus testigos, tú nos has dado agua viva, de modo que la vida

eterna pueda empezar en nosotros desde ahora. Permítenos tener tal apertura a lo que tú haces que no podemos sino compartir con otras personas lo que hemos aprendido de ti. Esto te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

